

I

DONDE CONOCEMOS A MISTER POMPON

CUANDO MISTER POMPON tenía diecisiete años era lavaplatos del Hotel Virginia. Alto, macizo, de fuertes hombros y manos grandes, velludas, poderosas, estaba aburrido de su oficio. Ya había pasado por muchos otros y ahora pensaba seriamente cambiar de nuevo. No era posible que un hombre como él, recio como un toro, perdiera su vida en un hotel de quinto orden. Ganaba poquísimo dinero y mister Pompón ambicionaba una fantástica fortuna.

Todas las tardes, mientras lavaba distraídamente platos y tazas de todos los tamaños, reflexionaba en su destino.

“Hay hombres nacidos para vivir contentos de su suerte —pensaba—. Un mínimo salario les

satisface. Yo no soy como ellos. Día ha de llegar en que tenga automóviles, un barco, un avión, hermosas casas de cincuenta pisos, y coma tan copiosamente que desde mi dormitorio, mientras duerma la siesta, oiga el apagado rumor de cien lavaplatos que trabajan para mí”.

Este halagador pensamiento distrajo de tal modo a míster Pompón, que uno de los platos que lavaba en aquel instante se vino ruidosamente al suelo.

—¿Es así cómo trabajas? —le gritó, furioso, el mayordomo del hotel, que casualmente pasaba por allí en tan inoportuno momento—. Lo pagarás, bellaco. Así aprenderás a ser más cuidadoso.

Míster Pompón miró al mayordomo con la más perfecta cara de bobo que pudo haberse encontrado a aquella hora por toda la ciudad. El mayordomo era gordo, colorado, y tenía una voz desagradablemente ronca. A dos pasos de míster Pompón, gesticulando como un energúmeno, continuaba diciendo su largo discurso de improperios y reproches.

—Ha sido la primera vez que rompo algo —murmuró míster Pompón, frunciendo el ceño—. No me insulte usted, porque no he de permitirlo.

El mayordomo estaba acostumbrado a que nadie le respondiera, de modo que su cólera creció hasta convertirse en el más descomunal estruendo. Sus gritos se oían lejos, vibrando



como trompetas de un prematuro Juicio Final.

Míster Pompón sintió un hondo hastío y se encogió de hombros. Este gesto fue interpretado por el mayordomo de la manera menos aceptable para su dignidad de jefe respetado y temido.

—¡De mí no te burlas, cangrejo! —le gritó, alzando una mano violentísima.

Míster Pompón no supo qué decir, y tal vez por eso estiró fuertemente su brazo en dirección del mayordomo. Dio su puño en la mandíbula del jefe. Se oyó la caída de un cuerpo. Y después hubo un silencio más aterrador que el bullicio.

—Estoy perdido irremediablemente —murmuró en voz baja míster Pompón—. Acabo de perder mi empleo.

Y así fue, realmente, pues en el Hotel Virginia —como en todos los hoteles del mundo—, no se permite que un lavaplatos obligue a dormir a un mayordomo en horas de trabajo. Se le pagó a míster Pompón lo que se le debía, descontándole el cajero el plato roto, y se le echó a la calle.

Iba Pompón saliendo del hotel, con lentos pasos, cuando le alcanzó una camarera para decirle a media voz, precipitadamente:

—No te aflijas. Tienes una fortuna en tus puños. ¡Con qué ganas hubiera dado yo el puñetazo que tú pegaste!

Sonrió míster Pompón y, una vez en la calle, miró hacia todos lados. Era todavía muy tempra-

no para irse a casa. Caminaría, pues, por la ciudad. Ahora era libre. Nadie tenía el menor derecho a imponerle su voluntad. Durante unas horas, hasta que encontrara otro empleo, sería dueño absoluto de sus actos. Esto le alegró repentinamente y le hizo caminar erguido. Empezó a silbar. Y entre cada silbido, todos ellos muy desafinados, pensaba de nuevo en su suerte. ¿Tendría razón la camarera? ¿Se convertiría en boxeador? Podría ganar una fortuna, claro está, derribando a blancos y a negros. Pero, ¿y si lo derribaban a él? Esto no le agradó nada. Se vio entre cuatro cordeles, rodeado de una multitud aulladora, frente a un gigante negro que bailaba en torno suyo. Pompón quería alcanzarlo en la mandíbula con la misma mano que derribó al mayordomo; pero el negro no se dejaba golpear. Al contrario, era él, siempre él, ¡maldito negro!, el que golpeaba. Y Pompón tenía ya cerrado un ojo, que le dolía, inflado como un globo, y por su boca manaba un hilillo rojo y caliente. ¡Su propia sangre, Santo Dios! Y el negro dale que dale, sin cansarse nunca. ¡Uf! Decididamente, no sería boxeador. La fortuna hay que ganarla sin perder un solo hueso. Lo demás es locura. Pero, ¿cómo ganar esa fortuna tan deseada?

En aquel momento, la primera estrella de la tarde, sin que míster Pompón la viera, hizo un guiño muy risueño. Seguramente, era la estrella de Pompón. Eso no lo sabremos nunca.

II

UN LIBRO EMBRUJADOR

SIGUIO CAMINANDO, CON las manos en los bolsillos, por la ancha calle. De pronto se detuvo ante el escaparate de una librería. Había innumerables libros de vistosas cubiertas. Paseó por ellos la mirada, entretenido y gozoso. Pero de repente sintió un estremecimiento incontenible. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Le latió el corazón. Y hasta es posible que su boca se contrajera en una mueca inverosímil.

Arriba, a la altura de sus ojos, colgando como un fruto tentador, había un libro de tapas rojas. En grandes letras negras se leía el título: **Hágase millonario, como ellos.**

Míster Pompón entró en la librería y compró el volumen. Después echó a andar de prisa hacia su casa. Una vez en su cuarto, cerró con llave la puerta, encendió la luz y se tendió en su cama, con el libro entre las manos. Era feliz.

Comenzaba el libro con estas curiosas palabras: "Cuida el primer millón, que los demás te cuidarán a ti. Si has nacido para ser millonario, inútilmente tratarías de no serlo. En estas páginas te vamos a contar, lector amigo, la histo-

ria de los grandes señores del dinero. Mientras vayas leyendo, piensa que tú podrás ser tan rico y poderoso como cualquiera de estos hombres que supieron escuchar oportunamente la llamada de la fortuna".

Míster Pompón leyó tres veces estas palabras tan acogedoras, cerró el libro y repitió entre dientes: "Cuida el primer millón, que los demás te cuidarán a ti". Y, acto seguido, reanudó la lectura con una avidez insuperable.

Vamos a reproducir algunos trozos del libro, para que comprendamos a míster Pompón y no nos burlemos de él al verlo, de vez en cuando, brincar en la cama como un cabro en monte escarpado.

"Huérfano de padre y madre, el Rey de las Aceitunas comenzó su vida en casa de un tío suyo, muy pobre, que le enseñó a tocar el violín. De esta manera, en su infancia, el mencionado Rey fue un músico callejero. Recibía las escasas monedas que le daba la gente caritativa. Pero escrito estaba entre las estrellas de los amplios cielos, que este músico ambulante descubriría el oro inagotable que encierran las aceitunas bajo su piel delgada y suave. Es así el destino: elige a los suyos y los lleva al sitio exacto en que está oculta su prosperidad".

Míster Pompón pestañeaba y seguía leyendo:

"Pero ninguna historia es más edificante que la del Príncipe de los Tornillos de Media Pulgada.

Desde su más tierna infancia dio muestras de genio. Apenas tenía un lápiz en su mano, dibujaba tornillos, antes de conocerlos. Y cuando hacía algún gesto con su mano chiquita, frágil, de niño señalado por la estrella de la suerte, sus dedos se retorcían como tornillos frescos. Cierta vez, en una casa de campo, al fondo de un huerto, en un palomar, se descompuso una ventana pequeñita. Y el genial muchachito la compuso creando el tornillo que más tarde perfeccionaría y le colocaría entre los grandes benefactores de la humanidad. Cuentan las crónicas que, después de crear el tornillo —tarea en que tardó tres meses, trabajando con afán—, el niño fue atacado por unas fiebres muy tenaces. Otro niño cualquiera, nunca más hubiese pensado en un tornillo. Pero él, no. Cuarenta y tres años estuvo meditando en su invento. Cada vez fabricó máquinas más perfectas para la producción de su artículo. Los que le conocían le llamaban, despectivamente, “el loco”. Y lo parecía, realmente, pues para la construcción de sus máquinas tuvo que vender su hacienda, quemar la casa de un vecino, atravesar a nado un canal traicionero, y sufrir durante tres inviernos el rigor de los duros vientos y las terribles lluvias. Por fin su tenacidad se vio premiada, y una noche pudo gritar: “Tengo mi tornillo de media pulgada”. Lo tenía, en efecto, y desde entonces su fortuna fue incalculable. Desgraciadamente, murió antes de

verse rodeado de nietos cariñosos, pues el intenso trabajo le llevó a la tumba el día que cumplió cincuenta y siete años. Su primer nieto nació cuatro días después, y es el actual gerente general de la Asociación de Tornillos de Media Pulgada, con sede en Chicago”.

Esta historia conmovió profundamente a míster Pompón. El Príncipe de los Tornillos le parecía un héroe caído en el campo de batalla, defendiéndose de la muerte, con ahínco desesperado, nada más que blandiendo un tornillo de media pulgada.

Pero volvió su alegría al conocer la historia del Rajá de los Toneles, del Emperador de los Vidrios de Siete Colores, del Gran Kan de las Agujas para Coser Felpas Verdes, del Sumo Pontífice de las Píldoras contra el Estornudo en Fa mayor.

Todos estos hombres nacieron pobres, conocieron la más espantosa miseria, desempeñaron los más absurdos oficios, pero nunca dejaron de sentir que la suerte les acompañaba. Y un día inesperado, al volver los ojos hacia la izquierda o hacia la derecha, descubrieron el secreto de los millones. Desde entonces no descansaron. Los vio el alba trabajar, y los vio trabajar la noche. Y ellos no conocieron la fatiga que a los demás hombres aflige.

Míster Pompón, entusiasmado, leía y leía. Temblaban las páginas entre sus dedos velludos.

Y de este modo llegó al final del libro. Las últimas frases eran éstas: "No desmayes. Busca en el cielo a la estrella de tu suerte y cuando la encuentres confía en ella. Lo demás es trabajo y fortuna. Tú eres fuerte, lector amigo, y deseas triunfar. ¡Adelante!".

Míster Pompón suspiró profundamente. Dejó el libro sobre el velador y, levantándose de prisa, se dirigió a la ventana y la abrió para mirar el cielo ya oscuro. ¿Cuál sería su estrella? No supo encontrarla. Había muchas, muchísimas, pestañeando al mismo tiempo, tal vez haciéndole señas a la luna que acababa de asomar.

Míster Pompón cerró un rato los ojos y pensó: "Cuando vuelva a abrirlos, la primera estrella que mire será mi estrella".

Pero, por desgracia, vio tres estrellas juntas, pequeñas, lejos de las demás, como contándose un secreto. Míster Pompón sintió un vago desaliento. Fue como si las tres estrellas se burlaran de él. Pero he aquí que de pronto míster Pompón lanzó un grito agudo, un grito penetrante, un grito que encerraba toda la dicha de la tierra. Acababa de ocurrírsele que mientras cada hombre tiene sólo una estrella, él tenía tres.

—Nadie posee mi triple suerte —murmuró riendo—. Nadie tendrá mi fortuna.

En ese momento, la voz de su hermana lo llamaba a comer. Bajó saltando la endeble escalera que conducía a su cuarto. Entró en el come-

dor, donde ya estaban su madre; su hermana, y tres huéspedes que con el alquiler que pagaban permitían subsistir a la familia.

—Te he oído gritar —le dijo la madre—. Pareces contento. ¿Tienes alguna buena noticia?

—Hoy me despidieron del Hotel Virginia —contestó míster Pompón, riendo ruidosamente—. Rompí un plato y castigué al mayordomo.

—No te entiendo —dijo la madre—. Me parece que, si rompiste un plato, el castigo no debió ser para el mayordomo, sino para ti.

Mi suerte tiene tres estrellas —contestó míster Pompón, enigmáticamente, hundiendo la nariz en el plato de sopa.

Todos se miraron con visible asombro. Pero míster Pompón no se preocupó de explicar nada. Comió con apetito y esa noche durmió profunda y mansamente.

En el cielo, las tres estrellas continuaban cuchicheando. Parecían contentas también.

III

MISTER POMPON BUSCA SU CAMINO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, míster Pompón se levantó tarde y mientras se vestía silbó como un mirlo completamente

loco. No estaba sino su madre en casa y la verdad es que la inquietaba esa inexplicable alegría de su hijo. Subió, pues, la escalera y golpeó a la puerta de mister Pompón.

—Estás excesivamente alegre —le dijo la madre— y hasta ahora no me has dado sino una mala noticia. No creo que silbes y bailes por haber quedado sin empleo. Siempre has sido trabajador y no te acostumbrarás al ocio. ¿Qué piensas hacer?

—He desempeñado siete oficios —respondió mister Pompón— y ninguno de ellos me ha agradado. Yo he nacido para ser el Rey de algo, de no sé que, no lo dudes. Puedo llegar a ser el Rey del Musgo contra el Catarro, o el Rey de las Esponjas Invisibles, o el Rey de la Velocidad Bifurcada, o el Rey de las Peinetas a Vapor, o el Rey de los Ojales Aerodinámicos, o el Rey de las Boyas Polígotas...

— ¡Calla! ¡Calla, por Dios! —le gritó la madre, levantando los brazos al cielo con evidente desesperación—. ¿Te has vuelto loco?

—No, por cierto —repuso mister Pompón, sonriendo confiadamente—. Lo que ocurre es que la imaginación me trabaja impulsada por tres estrellas al mismo tiempo. He de encontrar mi camino. No he nacido para ser pobre. Grandes cosas están escritas para mí en el cielo. No lo olvides, madre: “Cuida el primer millón, que los demás te cuidarán a ti”. Eso es lo que voy a

hacer: ganarme el primer millón, y cuidarlo, para que los otros acudan a cuidarme como lo hicieron con el Rajá de los Toneles, o el Príncipe de los Tornillos, o el Gran Kan de las Agujas para Coser Felpas Verdes...

La madre lo miró, asustada. No cabía duda: su hijo estaba loco. Y a punto estuvo de echarse a llorar: pero he aquí que mister Pompón la tomó entre sus brazos y comenzó a bailar con ella una danza endemoniadamente precipitada y bulliciosa.

—Tendrás un castillo con doce torres negras y quince torres blancas —le gritaba, jubiloso—. Lo único que he de hacer es mirar con atención en torno mío, hasta que venga el gran descubrimiento. El azar me protege, la suerte me cuida, las tres estrellas me vigilan, y algo hay por el mundo que está esperándome...

—Sí, sí, hijo, no lo dudo —murmuró la madre tratando de calmarlo.

Indudablemente, la madre fue en busca de un médico apenas tuvo oportunidad de hacerlo. El médico era calvo, poseía una sabiduría muy honda, y como era generoso, acudió a casa de mister Pompón esa misma tarde.

—Amigo —murmuró el médico, sobándose las manos con perfecta serenidad—, quiero que confíe en mí. ¿Siente dolores en la nuca? ¿Se olvida a menudo del nombre de las cosas? ¿Ha sufrido desvanecimientos? ¿Cuándo se le

ocurrió por primera vez que podía llegar a ser inventor?

Míster Pompón miraba atentamente la calva del médico y pensaba: "¿Irás a ser el punto de partida de mi fortuna? ¿Descubriré los pelos repentinos?"

Y como el doctor se había sentado en una silla baja, míster Pompón le pasó distraídamente una mano por la calva, como se acaricia el lomo de un perro que nos ha acompañado de paseo por los campos.

—No me ha contestado usted, mi buen amigo — dijo el médico, alejando su cabeza de la distraída mano de míster Pompón . Hable conmigo con entera confianza. Estoy aquí para ayudarle.

—Lamento no poder servirle, doctor. Nada tengo que decirle. Pero como nos hemos conocido en un momento muy interesante de mi vida, cuando van a producirse grandes cambios, le prometo que no lo olvidaré. Recuerde lo que voy a decirle: le obsequiaré un hospital, con camas de temperatura variable e instantánea, con enfermos irrompibles, de materia plástica, y con salas mecánicas de operación, en que no habrá necesidad de bisturí ni de anestésicos.

—Gracias, mi buen amigo — dijo el médico, sonriendo afablemente . Nos vamos a hacer famosos los dos.

Y, levantándose, se alejó de míster Pompón, que quedó sumido en sus meditaciones.

Al pie de la escalera le aguardaba la madre.

—¿Cómo lo ha encontrado, doctor? — preguntó la mujer.

Tardó el médico en contestar. Rezongó un rato entre dientes y dijo después:

—Es un mal pasajero, sin duda. No hay que contradecirle. Y no tema nada, porque es completamente inofensivo.

Poco después de haberse marchado el médico, míster Pompón salió a caminar por la ciudad. Todo lo miraba una y otra vez, tratando de descubrir el comienzo de su fortuna. Se detuvo ante un automóvil viejo, que aguardaba a su dueño con un aspecto de cansancio que le hacía parecer un animal de carga, consciente de su misión de ir y venir por todas partes.

“Feo vehículo —pensó míster Pompón—. Pero en nada se diferencia de los más lujosos. Todos son iguales. Se sube en ellos, se echa a andar un motor, y el coche parte. El hombre debería trasladarse de un lugar a otro con mayor velocidad y sin necesidad de motor alguno. ¿Por qué no con el pensamiento? No es mala mi idea. Me convendría patentarla. Y me llamarían, tal vez, el Rey del Cerebro Motorizado... ¡No! ¡No! ¡Feo nombre! Mejor quedaría: el Rey... el Pachá... el Sultán del Magín de Transporte...”

Felizmente, en seguida se distrajo. La calle

estaba llena de posibilidades de descubrimientos maravillosos. Mister Pompón pensó tantas cosas que regresó cansado a casa. Pero era feliz y confiaba en su suerte.

IV

LAS TRES ESTRELLAS SE PONEN DE ACUERDO

ESA NOCHE, DESPUES de comida, mister Pompón subió a su cuarto, encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana. Miró hacia todos lados, hasta encontrar las tres estrellas pequeñitas de su destino. Cuando las vio, cortés y zalamero, les hizo una venia profunda y les murmuró cariñosas palabras. Las estrellas siempre juntas, parecían conversar en secreto, como la noche anterior.

Y ésta es la verdad: conversaban. No podemos ocultarlo, porque aquí estamos contando una historia cierta, indudable, tan verídica que sería condenable no decirlo todo, por increíble que parezca.

Conversaban las estrellas, en su excelente idioma celestial, y claro está que hablaban de mister Pompón.

—Allí se asomó —dijo una—. Nos ha mirado. Empieza a confiar en nosotras.

—Oigo perfectamente lo que nos dice —dijo otra—. Trata de halagarnos el muy astuto.

—Nos saluda —dijo la tercera—. Conviene que le respondamos.

Y las tres titilaron con su más fina gracia.

—Está un poco pálido —dijo la primera, después de mirarlo con detenimiento.

—No es raro —declaró la segunda—. Desde que nos ha descubierto, su cerebro trabaja activamente. Sabe que estamos dispuestas a ayudarlo y por eso no teme pensar las cosas más absurdas.

—Es un verdadero peligro —murmuró la tercera estrellita, bajando su voz luminosa—. Si continúa así, lo encerrarán como a un loco cualquiera. No debemos dejarlo que piense cosas imposibles. ¿Por qué no le sugerimos alguna idea cuerda? Será, a mi juicio, lo más prudente.

Las ideas cuerdas no se han hecho para él —dijo la primera estrellita—. Todo lo que a mister Pompón se le ocurra va a parecer loco. Me figuro que debemos aceptarlo como es, y ayudarlo aunque las estrellas de los demás hombres se irriten y nos digan que estamos haciendo locuras.

—Bien pensado. Es lo que debemos hacer —dijeron las otras dos estrellas, arrebatándose las palabras.

—Pero ahora conviene que le hagamos dormir —dijo la primera estrella—. Está cansado y le hará mal acostarse tarde.

—¿Cómo podríamos dormirlo? —preguntó la segunda.

—Es muy fácil —dijo la tercera—. Ahora está mirándonos. No se acostará mientras pueda vernos. ¿Por qué no nos ocultamos un momento?

Y llamaron a una nube que andaba de paso por allí. Entonces ya no fueron vistas desde la Tierra.

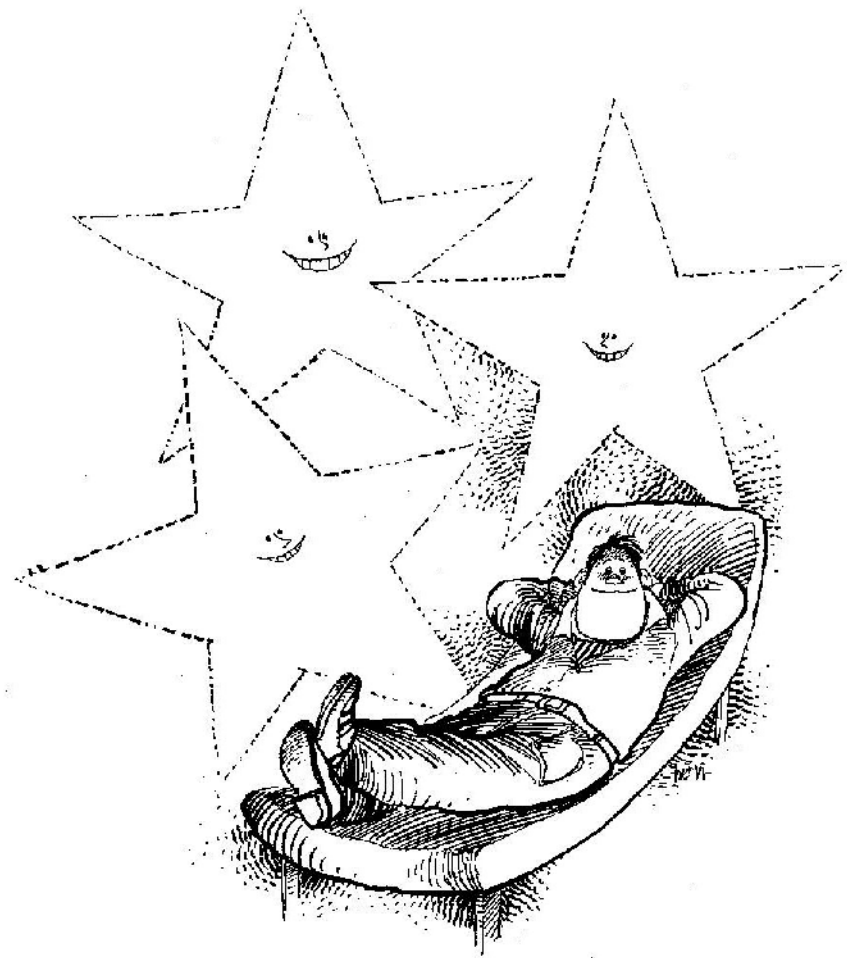
¡Se han acostado ya! Pues bien: ¡buenas noches! —les gritó místico Pompón, y cerró su ventana.

Poco después se desvestía y, antes de dormirse, leía unas cuantas páginas del libro **Hágase millonario, como ellos.**

Cuando el cuarto quedó oscuro y todo estuvo en silencio en la casa, subió la madre la escalera y vino a contemplar un rato a su hijo dormido.

—¡Que mañana amanezcas como eras antes! —le dijo en voz baja, pasándole una mano por la frente.

Mientras tanto, místico Pompón soñaba que era aviador y volaba en una nube de su invención: blanca nube de anchas alas, con calefacción central y capaz de dar la vuelta al mundo en cinco minutos exactos, con tiempo apacible, y en ocho minutos doce segundos, con tiempo borrascoso.



V

MISTER POMPON TIENE UNA IDEA MEJOR QUE LAS DEMAS...

PASARON LOS DIAS y mister Pompón seguía meditando en su casualidad, que siempre ayuda a los elegidos de la suerte.

—¿Por qué no trabajas en algo? se atrevió a preguntarle un día uno de los inquilinos de su casa.

—Es lo único que deseo — le respondió mister Pompón, abriendo los brazos como si deseara estrechar contra su pecho a todos los grandes y pequeños trabajos que existen sobre la tierra—. Pero has de saber, mi amigo, que antes de ponerse a trabajar es imprescindible conocerse a sí mismo para poder encontrar el trabajo que hará uno muchísimo mejor que todos los demás.

—Te rompes inútilmente la cabeza — repuso el inquilino, que era un albañil exactamente igual a todos los albañiles desparramados por el mundo—. Si deseas trabajar, como dices, puedo llevarte a una construcción en que actualmente trabajo, para que empieces a conocer mi oficio. Ganarás buen salario y te distraerás. Estoy convencido de que te hacen mal los libros que lees. A toda hora, cuando estoy en casa, te encuentro

con un libro en la mano. Y eso no está bien. Que lean los que no tienen nada mejor que hacer: pero tú, no. Eres pobre y debes ganarte la vida.

—Mucho me alegran tus buenas intenciones —respondió mister Pompón—: pero la verdad es que en los libros he encontrado muchas cosas útiles para orientarme en la vida. Desde luego, los libros me han enseñado que para cada hombre hay, entre todos los trabajos de esta tierra, uno que es “su” trabajo, el que ese hombre debe hacer. A veces cuesta encontrarlo, descubrirlo: pero no hay que desmayar. El que ha nacido para médico se equivoca si pretende ser vendedor de automóviles, y los pintores, los músicos, los poetas famosos no han llegado a serlo sino trabajando activamente en la pintura, la música y la poesía. Pudieron desempeñar antes diversos oficios; pero no eran los que les correspondían verdaderamente. Yo he sido vendedor de periódicos, mozo de cuerda, vendedor ambulante de muñecas de cartón, lustrabotas, aprendiz de carpintero, chofer de taxi y lavaplatos: siete oficios que sirven para otros hombres, no para mí.

—¿Y cuál podrá ser el tuyo? ¿Cómo podrás descubrirlo?

—Yo he nacido con tres estrellas de la suerte —respondió mister Pompón—. No tardaré en saber cuál ha de ser mi trabajo. Y entonces las mañanas y las noches me verán entregado a mí

labor. Recuerda esto, buen amigo: "Cuida el primer millón, que los demás te cuidarán a tí".

El albañil movió tristemente la cabeza y se alejó, pensando que mister Pompón estaba irremediablemente perdido.

En el cielo, tres estrellitas menudas, que la luz del sol impedía ver, se hicieron un guiño risueño.

—Tiene una fe ciega en nosotras —dijo una.

—No podemos defraudarlo —dijo otra.

—Conviene que lo guíemos hacia el buen camino —dijo la última, temerosa de que mister Pompón se extraviara si no acudían pronto en su ayuda.

Mister Pompón, entretanto, iba y venía por la ciudad a toda hora, cuando no se quedaba en casa leyendo la vida de los grandes hombres que consiguieron ganar millones después de sufrir incomprendiones y penas de toda índole.

—“Creer que estoy loco —pensaba— y eso se debe a que todas mis ocurrencias no se parecen a las de los demás hombres. Pero un día verán que la razón está conmigo”.

Así las cosas, una tarde caminó tanto por la ciudad que, sin darse cuenta, salió de ella, y llegó al despoblado. Empezaba a oscurecer. Hacía frío y mister Pompón, con las manos en los bolsillos, daba grandes pasos y meditaba como de costumbre. Había pensado, sucesivamente, en una máquina para fabricar bosques artificiales; en un

líquido maravilloso que, bebido a los sesenta años, devolvía la juventud al cabo de media hora; en un aspirador de los microbios del aire, que cada cual podía llevar en un bolsillo de la chaqueta; en un gobernante mágico, eléctrico, que le daba la paz al mundo, y por cuya patente de invención recibía mister Pompón tantos millones como gotas de agua caen en una lluvia torrencial.

—Cosas como éstas no se le ocurren a cualquiera —murmuraba en voz baja el inventor, mientras caminaba cada vez más rápidamente por los campos solitarios.

Y he aquí que de repente casi se viene al suelo. Chocó su pie derecho con un tarro de lata que había junto a una piedra.

—¡Demonios! —aulló mister Pompón, recordando el equilibrio con brusco movimiento.

Entonces se dio cuenta de que estaba a punto de caer la noche. Miró hacia el cielo y vio las tres menudas estrellas, muy juntas, cuchicheando siempre. Les hizo un amistoso saludo, agitando una mano.

—¡Aquí me tienen! —les gritó—. ¿No creen que ya es tiempo de que me ayuden? Pasado mañana cumpla dieciocho años y ya es hora de encontrar un trabajo útil.

Las tres estrellas, imperceptiblemente, se agitaron. Tenía razón aquel hombre. Le ayudarían en seguida, sin pérdida de un solo segundo. Y

con todo el poder que tienen las estrellas sobre los hombres, le ordenaron que buscara allí mismo su porvenir. Ellas lo ayudarían después. Pero ahora le correspondía a míster Pompón encontrar el punto de partida de su futuro destino.

Míster Pompón estaba cansado y buscó a su alrededor una piedra en que reposar. Dio unos pasos y se sentó en la única que por allí había, como aguardándole. Después miró el cielo. Le sonrió a sus estrellas. Y bajó los ojos. Inesperadamente, su mirada se clavó en el tarro de lata que casi le derriba poco antes. Era un tarro como otro cualquiera, vacío, abandonado entre las hierbas húmedas. Sin embargo, míster Pompón lo miraba con insistencia, lo miraba como un iluminado que de repente ve abrirse la tierra y aparecer al barbudo señor de los abismos, goteando un fosforescente rocío subterráneo.

Estaban los ojos de míster Pompón fijos, intensamente fijos en el tarro de lata, que brillaba entre la hierba oscura. Las serpientes no miran con mayor fijeza al gorrion que han elegido para desayunarse, ni las arañas miran tan fijamente a las moscas, ni los gatos a las ratas que se fingen muertas y ven sobre ellas, vigilante, el ojo dorado, inmóvil.

Míster Pompón pensaba. Y muy grandes debieron ser sus pensamientos, porque de súbito le

agitó todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, sin saltarse un solo músculo el estremecimiento de la alegría, el gozoso estremecimiento del hallazgo incomparable, del descubrimiento prodigioso.

— ¡Esta sí que es idea nunca encontrada por nadie! — balbuceó con vehemencia.

Y se levantó despacio. Fue acercándose al tarro de lata como el perro de caza al jabalí acorralado, lentamente, mirándolo con extraordinaria atención. Cuando lo tuvo a sus pies, se inclinó con suavidad, lo tomó entre sus manos ávidas, y lo observó como pudo a la escasa luz del anochecer. Era un tarro de atún, un simple tarro de conservas; pero para míster Pompón era el comienzo de su fortuna.

Lanzó un grito ahogado, de incontenible regocijo. Arrojó lejos el tarro, como quien dispara la semilla de la dicha, que ha de crecer y fructificar. Y emprendió el camino de regreso, muy de prisa, rumiando su gran idea.

No cabe duda de que ésta debió ser muy grande, porque las tres estrellas de míster Pompón, como atemorizadas se ocultaron el resto de la noche.

VI

MISTER POMPON EMPIEZA SU TRABAJO

OCULTAS EN UN oscuro rincón del cielo, las tres estrellas conversaron con evidente perplejidad.

—Si fuera hombre —decía una—, ahora estaría rascándome la cabeza, paseándome de arriba abajo, y gruñendo entre dientes. ¡Vaya una curiosa idea la que se le ha metido entre ceja y ceja a mister Pompón!

Las otras dos estrellas callaron, pensativas. En realidad, mister Pompón las ponía en tremendos apuros. ¿Cómo podrían ayudarle? Nunca se habían imaginado que mister Pompón fuese capaz de tan descabellados proyectos. Era, sin duda, el más absurdo de todos los que hasta el momento habían cruzado por su magín.

—¡Y está, mis queridas amigas, tan contento! —murmuró una de las estrellas, recordando los gritos gozosos de Pompón frente al tarro de lata.

—Además, cree en nosotras —murmuró otra estrella—. Y esto debemos tenerlo muy en cuenta, porque al fin y al cabo los hombres son cada día más desconfiados y escépticos.

—Es verdad. Mister Pompón no se parece a

los demás hombres. Su fe en nosotras es conmovedora. No podemos abandonarle en tan decisivos momentos.

—Pero, mis buenas amigas —preguntó la estrella más prudente—. ¿Creen ustedes que podremos ayudarle en su fantástico proyecto? Nuestro poder no es tan grande. No podemos ir contra las leyes de la naturaleza. Y es eso, precisamente, lo que mister Pompón desea hacer, con nuestro auxilio.

—Me parece que debemos consultar el caso —dijo una estrella. Convoquemos a reunión de astros, grandes y pequeños, y expongamos este asunto con la mayor claridad posible. Si en la asamblea general extraordinaria tenemos una mayoría contraria a nuestra ayuda a mister Pompón, no nos quedará más que tratar de sacarle su idea del magín y ponerle otra en su reemplazo.

—No es una mala decisión —dijeron las otras dos estrellas—. Convoquemos a reunión inmediata.

Y por eso fue que de repente, sin que ningún astrónomo lo hubiese anunciado, se produjo en el cielo un curiosísimo fenómeno. Estaba claro, luminoso, sereno, y había millones de estrellas cumpliendo su misión nocturna; pero de súbito se oscureció el espacio celeste, grandes nubes negras se amontonaron por todas partes y comenzó a llover con estruendo. Esto lo hacían las

estrellas para que los hombres no las vieran correr como unas muchachitas locas y para que ningún sabio pudiese escuchar sus conversaciones privadas. Galopaban las grandes estrellas, tratando de no chocar con las chicas, que se colaban por entre sus puntas y corrían haciendo las más inverosímiles cabriolas. La luna, un poco fatigada, porque estaba en su período de mayor gordura y no había empezado todavía su acostumbrado régimen de adelgazamiento, se quedaba rezagada y despedía unos rezongos de pésimo humor.

Por fin llegaron todos los habitantes del cielo al sitio de la reunión.

—Que corran bien las cortinas —dijo la luna, resoplando—. No quiero que los hombres me vean sofocada.

Entonces las nubes más sombrías, esas que el cielo reserva para sus más alborotadas noches de tempestad, comenzaron a representar su papel de enfurecidas combatientes, y cuando se lanzaban las unas sobre las otras estallaban los truenos más ensordecedores. De vez en cuando, por aquí y por allá, algunos rayos se perseguían con sus lanzas relampagueantes. Y el bullicio no tenía fin.

En la tierra, los hombres se encerraban en sus casas, profundamente sorprendidos.

—¡Y tan hermosa que estaba la noche! —murmuraban.

—¡Nadie hubiera podido pensarlo! —repetían—
—¡Qué tormenta tan horrible! —exclamaban, accechando desde sus ventanas la imprevista cólera del cielo.

Es decir, los hombres creían que había cólera en las alturas; pero ya sabemos que sólo se trataba de una asamblea general de estrellas.

—Pues bien: aquí estamos todas. ¿Qué ocurre? —preguntó una estrella rojiza.

Las tres estrellitas de mister Pompón se miraron. Había llegado el momento de responder. Y una de ellas tomó la palabra.

—Pedimos mil perdones por habernos atrevido a convocarlas —dijo—; pero sucede que nos encontramos en el más grave apremio de nuestra larga existencia. Hace millones de años que vivimos, hemos visto las más extrañas cosas, hemos protegido a hombres caprichosos: pero nunca hemos conocido a nadie que se parezca ni siquiera lejanamente a mister Pompón.

—¿Mister Pompón? —preguntaron todas las estrellas a un tiempo— ¿Y quién es ése?

Nuestro protegido actual —dijeron las tres estrellitas, un tanto avergonzadas de haber provocado tan inaudita agitación por un hombre completamente desconocido.

—¿Y qué hace ese mister Pompón? —preguntó la estrella rojiza, que parecía poseer mucha autoridad—. ¿Es algún dictador? En tal caso, hay que dejarlo solo. ¿Es un conquistador de pue-

blor? Entonces, hay que arrojar más luz sobre el destino de aquel que debe derrotarlo. ¿Es algún sabio que ha inventado un proyectil para perforarnos? Pues, ¡nada más sencillo! se le deja caer encima un aerolito, y nos quedamos todas en paz.

—No se trata de nada de eso —murmuró una de las tres estrellas de mister Pompón—. Si hubiera sido un dictador, un conquistador de pueblos o un sabio lleno de malas intenciones, hace rato ya que le habríamos abandonado. Pero mister Pompón es un buen muchacho, completamente inofensivo. Lo único que desea es ganar millones. Se empeña en adquirir el primer millón, convencido de que los demás vendrán corriendo a sus arcas.

—¿Eso es todo? —preguntó la estrella rojiza, entre el murmullo desilusionado de las demás estrellas—. Si sólo se trata de tal bagatela, ¿por qué no lo ponen ustedes en el camino de su primer millón? No es mucho lo que cuesta. Pero para eso no había necesidad alguna de tanto ruido. ¿O es que hay algo más?

Las tres estrellas de mister Pompón se miraron de reojo. No se atrevían a confesar toda la verdad, de buenas a primeras. Temían que las demás hermanas celestes se enojaran. De modo que, sin consultarse, decidieron proceder con mucha cautela.

—¿Hay algo más? —volvió a preguntar la estrella rojiza, impacientándose. Deseaba volver a su

rincón celestial, tranquilo, desde el cual estaba mirando cómo un pino gigantesco le hacía señas con sus ramas suavemente agitadas por la brisa.

—El hecho es que mister Pompón quiere enriquecerse de una manera fantástica —dijo una de sus estrellas protectoras.

—Pues bien: ¡que se enriquezca tanto como quiera! —murmuró la estrella rojiza—. ¿Puede importarnos algo?

—No me refiero a la cantidad de riqueza que desea obtener —aunque ésta es grande—, sino a la manera que ha ideado para hacer fortuna —dijo la protectora estrella, precipitadamente.

—La manera no nos importa —dijeron dos o tres estrellas—. Cada cual es dueño de inventar lo que mejor le parezca. ¿O se trata de algo que puede perjudicarnos?

—¡En absoluto! —respondieron las tres estrellas de mister Pompón—. Pero es el caso que, con su proyecto, va en contra de las leyes de la naturaleza.

—Eso es más grave —dijo la estrella rojiza—. ¿De qué leyes se trata?

—De las leyes de producción —dijeron las estrellas de mister.

—No entiendo muy bien —murmuró la estrella rojiza—. Ruego que se expliquen con mayor claridad.

Las tres estrellas de mister Pompón palidecieron. Había llegado el instante difícil. Temían que revelar la descabellada idea de su protegido. Y

claro está que habría oposición.

—Habla tú —le dijeron dos de las estrellas a la más audaz—. Pero trata de no decirlo todo de manera inteligible. Vamos a ser reprendidas.

La estrella de míster Pompón, que debía tomar la palabra, les hizo un guiño a sus dos compañeras y se dispuso a hablar astutamente.

—Estoy esperando —murmuró la estrella rojiza—. No hay que perder más tiempo. ¿Cuál es la idea de ese míster Pompón, que tanto las preocupa a ustedes? ¿Cómo piensa atentar contra las leyes de producción de la naturaleza?

—El mar es el mar y la tierra es la tierra —dijo la estrellita protectora—. Lo que da el mar, la tierra no lo da; pero míster Pompón cree que puede darlo.

—El mar arroja muchas cosas a la tierra, y ésta lanza muchas otras al mar —dijo la estrella rojiza—. ¿De eso se trata?

De eso podría tratarse, pero más en grande —contestó la estrella de Pompón.

—La cantidad no nos importa —dijo la estrella rojiza, cada vez más ansiosa de volver a su rincón del cielo.

—Si es así, entonces solicitamos que se nos autorice para proteger a míster Pompón —dijeron sus tres estrellas.

—¡Autorizadas! ¡Autorizadas! —gritaron todas las estrellas del vasto cielo.

—Y ahora que ha terminado la reunión —mur-

muró, malhumorada, la estrella rojiza, exijo que en adelante no se nos vuelva a molestar por cosa tan baladí. Que míster Pompón, y todos los Pompones que quedan por nacer, hagan lo que les plazca; lo que de veras importa es que no se nos llame a asamblea general como si se tratara de hundir un continente o cosas parecidas, y sólo se nos hable, en la reunión, de un míster que piensa cosas raras. Al fin y al cabo, hay que celebrar los pensamientos audaces; pero sin que por eso se nos moleste. ¿Comprendido?

—¡Por cierto! ¡Indudablemente! ¡Claro está! —contestaron todas las estrellas, echando a correr nuevamente a sus respectivos lugares del cielo.

Veinte minutos después, las nubes negras desaparecían, brillaban todas las estrellas, y la luna —muy gorda—, se entretenía iluminando todos los tejados.

—¡Nunca se ha visto nada más raro! —decían los hombres—. Ha habido una tempestad imprevista, se ha venido abajo el cielo, y de pronto ha vuelto la calma, de golpe, como si nada hubiese ocurrido.

Entretanto, míster Pompón estaba en casa, sentado ante la mesa, conversando con su madre. Ya habían comentado la inesperada tormenta y ahora, viendo brillar la luna por la ventana, se disponían a irse a dormir.

—Buenas noches, que descanses bien —dijo la madre.

Míster Pompón la tomó de un brazo y acercándole al oído la boca, murmuró con alegría.

—He encontrado trabajo. Nuestra vida va a cambiar fundamentalmente. Seremos célebres y ricos.

—¿Y qué trabajo es ése? —le preguntó la madre, algo inquieta.

—Es “mi” trabajo, ése para el cual he nacido —dijo míster Pompón—. Con mis ahorros compraré una carretilla, y tú me ayudarás a reunir tarros de lata.

—No te comprendo. ¿Qué piensas hacer?

—Sembrar para cosechar —dijo míster Pompón.

—¿Y para qué necesitas los tarros? ¿Vas a llevar en ellos las semillas?

—No, madre. Son ellos las semillas. Y no me preguntes más, porque es un secreto que sólo te revelaré cuando sea oportuno.

Le dio la madre un beso en la frente y se marchó a su dormitorio, más agobiada que nunca por el dolor de ver loco a su hijo; pero míster Pompón estaba alegre, lleno de grandes energías, y bendecía el instante en que nació.

Al día siguiente se compró una carretilla, la colmó de tarros de lata, y con ella se fue por la ciudad, silbando como era su costumbre, hasta

llegar al sitio abandonado en que tuvo la revelación de su destino.

Cuidadosamente fue hundiendo los tarros en la tierra, uno junto a otro, y cuando realizó su faena, regresó a la ciudad, arrastrando la carretilla, que chirriaba como diciéndole: “Bien, bien, muy bien”. Míster Pompón sonreía. Era joven, fuerte, y confiaba en sus tres menudas estrellas.

VII

LA COSECHA INVEROSIMIL

AQUELLA NOCHE, A la hora de la comida, míster Pompón se mostró nervioso. Hablaba con vehemencia, hacía recuerdos de otros días, contaba divertidas anécdotas de los diversos patronos que tuvo en sus diferentes oficios. Estaba locuaz y risueño. Su madre le observaba, contenta de no oírle mencionar a las estrellas de su suerte, ni de escucharle proyectos imposibles. Los inquilinos de la casa reían con el más sincero buen humor, y pensaban que míster Pompón había recobrado el juicio.

—Te ha hecho bien el trabajo de hoy —le dijo el albañil—. Has regresado contento.

—Ha sido el mejor trabajo de mi vida —contestó míster Pompón.

Su madre le miró, inquieta. Entraba la conversación en un terreno peligroso. Su hijo volvería a manifestar su locura, indudablemente. De modo que la infeliz mujer bajó los ojos, desconsolada de no oír nada más.

—¿Y se puede saber en qué ha consistido tu trabajo? —le preguntó el albañil—. Sé que te has comprado una carretilla y que has metido en ella muchos tarros vacíos. ¿Los vendiste a buen precio?

—Nadie me hubiera dado nada por ellos —dijo mister Pompón—. Tarros vacíos hay por todas partes. Lo que interesa son los tarros llenos.

—Es verdad —murmuró el albañil—. ¿Y qué hiciste, entonces, con esos tarros?

—Lo sabrás más tarde —repuso mister Pompón—. Me producirán más de lo que te imaginas.

—Aunque lo pienso y lo vuelvo a pensar —dijo el albañil—, no me explico de qué manera puedes hacer que te produzcan algo. ¿O es que los necesitas para enterrar un tesoro?

—No estás muy lejos de la verdad —contestó mister Pompón, seriamente—. Es como si en cada tarro hubiera metido una moneda de oro. Algún día te lo explicaré.

—Me alegro, muchacho, de tu descubrimiento —dijo el albañil—. Pero, realmente, ¿no crees que puedes utilizar mejor tu carretilla? Desde luego, en la construcción en que trabajo puedes

emplearla muy útilmente. Te lo propongo. Piénsalo y contéstame cuando te decidas.

—Te agradezco tu buena voluntad —dijo mister Pompón—. Pero no te obstines en desviar mi destino. Hay tres magníficas estrellas que me protegen. Con ellas, mi carretilla y mis tarros vacíos no necesito más para comenzar.

Se echó a reír el albañil, pero la madre de mister Pompón le hizo un guiño tan suplicante, que en seguida calló y, para serenarse, se echó hacia atrás en su silla y encendió calmadamente un cigarrillo.

—Yo sé que me tendrán por loco en un principio —dijo mister Pompón, levantándose—; pero después respetarán mi nombre y publicarán mi fotografía en todos los periódicos, como si se tratara de un rey del acero, del cobre o de los automóviles baratos. Mis proyectos son muy amplios y con ellos tendrá trabajo mucha gente. Tú mismo, que eres albañil y me incitas a trabajar contigo, disfrutarás después de mi fortuna. Porque puedes estar seguro de que no te olvidaré.

—Gracias —murmuró el albañil, echando hacia el techo una bocanada de humo.

Mister Pompón se despidió de todos y se dirigió a su cuarto. Se asomó a su ventana. Ahora no le costó ningún esfuerzo encontrar a sus estrellas; las tenía perfectamente ubicadas en el cielo.

—Mañana será el gran día —les dijo—. Cuento con ustedes...

Y empezó en seguida a desvestirse. No leyó, como otras noches. Vuelto hacia la pared, cerrados los ojos, casi inmediatamente se durmió.

En la mañana, muy temprano, se fue a la calle. Anduvo de prisa y cuando ya se encontró en el despoblado, empezó a correr. Respiraba con visible fatiga cuando estuvo en el sitio donde había enterrado los tarros vacíos. Descansó un rato en la piedra y sus ojos recorrían la tierra amorosamente. Allí estaba su secreto. Allí germinaba su fortuna. Allí empezaba el camino de su primer millón.

Vacilaba en inclinarse para remover el suelo. Sus manos se alargaban hacia él, y luego se contraían.

—¡Valor! —se dijo en voz alta—. ¡Valor!

Y se inclinó resueltamente. Con dedos febriles removió la tierra. Y he aquí que sacó el primer tarro. Latía su corazón y tiritaban un poco sus manos.

—¡Tal como lo esperaba! —murmuró.

Y buscaron sus ojos, por el cielo interminable, las tres estrellas de su suerte. Las ocultaba el sol, que con despiadado egoísmo despedía una luz quemante y amarilla sobre los campos solitarios.

Pero en las manos de mister Pompón había un tarro herméticamente cerrado, un perfecto tarro de conservas. No necesitaba más para estar contento.

Prolijamente fue sacando de la tierra los vein-

te tarros que había enterrado. Los veinte estaban cerrados, repletos, y parecían apetitosos. Los volvió a esconder mister Pompón. Pero dejó uno, que metió en su bolsillo. Se dirigió a la ciudad y apenas pudo subió en un tranvía. Ahora todo le parecía maravilloso. La gente tenía buena cara. Todas las miradas eran afectuosas. Y el sol brillaba como en sus días de gran fiesta.

Entró en su casa como un torbellino, atropellándolo todo y llamando a gritos a su madre.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —preguntó, la buena mujer.

—He encontrado mi destino —le grito mister Pompón, abrazándola—. ¡Soy el Rey de los Atunes!

VIII

LOS ATUNES "POMPON"

EFFECTIVAMENTE, ERAN ATUNES los que colmaban los tarros. Perfectos, sabrosos atunes de inmejorable calidad. Los mejores atunes del mundo. Atunes para el apetito de grandes y pequeños, de pobres y ricos. Bellos atunes, los preciosos atunes que el goloso pensó comer un día. Atunes de la tierra, superiores a los atunes del mar.

Tres días después, mister Pompón tenía la barba en la mano, pensativo. Acababa de visitar al más fuerte importador de conservas, al que ofreció sus atunes magníficos.

—¿De dónde son? —preguntó el hombre de negocios, mordiendo entre palabra y palabra un gran cigarro puro que trasladaba de un extremo a otro de su boca, como si fuera un péndulo de sus pensamientos y palabras y gesticulaciones.

—Son de aquí —exclamó mister Pompón, risueño y triunfante.

—¿De aquí? —preguntó el otro, hundiendo dos colmillos en el puro—. ¿De aquí? ¿Qué quiere decirme con eso? El mar está muy distante...

—Ese es otro cuento —murmuró mister Pompón, misteriosamente—. Un cuento que nada tiene que hacer con el mío. Yo le digo que estos atunes son de aquí. ¿Los compra o no los compra?

—¿Y qué marca tienen? —preguntó el importador—. ¿Cómo se llaman estos atunes? Para venderlos, hay que darles un nombre.

—Lo pensaré —repuso mister Pompón—. Eso puedo hacerlo rápidamente, esta misma tarde. Lo que ahora me interesa es que usted reconozca la calidad de mis atunes, superiores a todos los conocidos. Y, por lo tanto, lo que quiero es que lleguemos a fijarles un buen precio.

—¿Es grande la producción? —preguntó el importador, tomando un lápiz y acercando un papel, disponiéndose a hacer cálculos.

—Mi primera producción es de veinte tarros —dijo mister Pompón—. Pero no tardará en ser de veinte millones.

—¿Veinte tarros? —preguntó el importador, frunciendo el ceño—. ¿Y usted ha venido a verme por veinte tarros de atunes en conserva? No es poco su atrevimiento. Mi firma trabaja con cientos de miles, con millones y millones de sardinas, atunes, centollas y cuanto produce el mar.

—Estos atunes no pueden compararse con los otros —dijo mister Pompón, moviendo firmemente la cabeza y tomando un cigarro puro que había sobre la mesa del importador de conservas.

—Ya los he probado y sé que no hay atunes mejores —dijo el negociante—. Pero, por eso mismo, le ruego que vuelva a verme cuando la pesca sea más abundante y pueda ofrecerme no veinte tarros, sino doscientos mil.

—Puede tenerlos en seguida, si usted me da los tarros —dijo mister Pompón, echando por boca y narices la primera bocanada de su puro.

—¿Y por qué he de darle yo los tarros? Ese es asunto suyo.

—Vea usted; yo empiezo a trabajar. Sólo he podido conseguirme veinte tarros, y por eso mi producción es tan escasa. Pero si usted me da

veinte mil, o veinte millones de tarros, en una noche los tendré repletos de atunes prodigiosos.

El importador lo miró con visible sospecha de hallarse frente a un loco.

—¿Dice usted que en una noche me llena miles de tarros de conservas? ¡Es usted un prodigio, mi estimado señor! Debe contar con miles de barcos, miles de pescadores, y miles de fábricas. ¡Y me dice usted que recién empieza a trabajar! Realmente, no le entiendo.

—Y menos me entenderá —dijo m^{is}ter Pompón, orgulloso—, si le aseguro que no necesito para nada del mar, ni de barcos, ni de pescadores, ni de fábricas para producir atunes en conserva en cantidades fantásticas, en una sola noche.

—¡Ahora sí que me alarma usted! —dijo el importador—. Yo soy un hombre franco y digo las cosas como las pienso: o usted está loco de remate, o yo no sé ni siquiera cómo me llamo.

—No puedo responder por usted; pero puedo hacerlo por mí —dijo m^{is}ter Pompón—. Y lo que puedo asegurarle es que se encuentra usted, en estos momentos, nada menos que frente al Rey de los Atunes.

—¡Hum! —gruñó el otro—. ¿Y cómo viene a ofrecirme entonces, nada más que veinte tarros?

—Ya se lo he explicado —repuso m^{is}ter Pompón, paseando el puro ante su nariz, para aspirar su fragancia—. Yo tengo atunes, todos los atunes de la tierra, pero no tengo tarros.

—Ha dicho usted: “todos los atunes de la tierra” —murmuró el importador—. Y la verdad es que debió decir: todos los atunes del mar”.

—No me corrija usted, mi buen señor —contestó el Rey de los Atunes—, porque si he dicho “todos los atunes de la tierra” está muy bien dicho. Vuelvo a advertirle que nada tengo que hacer con el mar.

—¿Ha encontrado algún pozo productor de atunes en conserva? —preguntó riendo el importador—. Pues, en tal caso, le aconsejo que se busque otro pozo de tarros, sin el cual su producción va a ser siempre muy escasa.

—¿Lo cree usted? —preguntó m^{is}ter Pompón, levantándose—. No tardaré en demostrarle que está en un error. Y entonces lamentará no haberme escuchado.

El importador, que tenía al alcance de su mano el tarro de atunes traído por m^{is}ter Pompón, volvió a probar un bocado y se saboreó lindamente.

—Le he escuchado de principio a fin —dijo, con la boca llena, echando briznas de atún por su barba redonda y robusta—. La verdad es que no comprendo una sola palabra de lo que me dice; pero cierto es también que estos atunes son exquisitos. Creo que podremos venderlos a buen precio.

—Espero su oferta —murmuró m^{is}ter Pompón—. Y también espero que me diga la canti-

dad de tarros que va a proporcionarme, para que en una sola noche los convierta en los más apetecibles tarros de atunes en conserva de que haya noticia.

—Haré que me fabriquen diez mil tarros —dijo el importador, después de pensarlo unos instantes—. En cuanto al precio, lo fijaremos de común acuerdo en nuestra próxima entrevista. Pero no se olvide usted que ha de ponerles un nombre. No podemos vender atunes anónimos.

—Eso corre de mi cuenta —dijo mister Pompón, disponiéndose a marcharse—. Creo que vamos a hacer un buen negocio.

Poco después bajaba en un ascensor y se dirigía a casa. Ahora estaba, con la barba en la mano, pensando un buen nombre para sus atunes.

—“Atunes Tres Estrellas” —murmuró de pronto en voz baja—. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Tres Estrellas! ¡Así verán que no me olvido de ellas! ¡Es lo menos que puedo hacer! ¡Atunes Tres Estrellas!

Y se levantó bruscamente, para ponerse a caminar por el cuarto como fiera enjaulada.

—¡Tres Estrellas! —repetía—. ¡Tres estrellas!

Pero algo le impedía decidirse, a pesar de todo. Fruncía el ceño. Agitaba las manos en el aire. Pensaba: si las llamo “Tres Estrellas”, mi nombre queda en el olvido. El cielo me perdonará, sin duda, si llamo de otra manera a mis atunes. También tengo que pensar un poco en

mí. Al fin y al cabo, soy el creador de estos atunes. Los he fabricado de la nada. Mi nombre tiene que acompañarlos.

Y así fue como los atunes se llamaron, desde esa tarde, “Atunes Pompón”.

IX

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, muy temprano, todos los vecinos vieron detenerse un lujoso automóvil ante la casa de mister Pompón. Aquello no era cosa acostumbrada, de manera que los curiosos acudieron por todos lados.

Del automóvil descendió un hombre de regular estatura, recio, que tenía un cigarro puro erguido en el lado izquierdo de la boca, para pasarlo en seguida al lado derecho. Miró el hombre la fachada de tan humilde casa, meneó la cabeza, como quien se dice que se ha equivocado, y luego preguntó a los curiosos que había cerca:

—¿Es aquí, realmente, donde vive mister Pompón?

—Sí, es aquí —dijo una mujer vieja—. Y seguramente va a encontrarlo, porque ahora no trabaja.

En esos momentos se asomó m^íster Pompón a su ventana, miró hacia la calle, vio al grupo de curiosos que rodeaba al importador de conservas, y bajó la escalera corriendo.

Se estrecharon la mano y m^íster Pompón hizo pasar los umbrales al importador.

—¡Cómo si fuera un rey! —dijo uno de los curiosos—. Recibe visitantes distinguidos, los hace entrar en su casa, y ni siquiera nos saluda.

—No nos vio —murmuró un viejo—. M^íster Pompón ha sido siempre muy cortés. Y créame que ese muchacho nos va a dar cualquier día una sorpresa. Tiene ideas propias y audaces.

—Para ponerlas en práctica se habrá comprado la carretilla con que lo vi salir el otro día —gruñó una vieja—. A mí me parece completamente loco. Un albañil que arrienda un cuarto en su casa me ha dicho que no tiene mejor cabeza que una mosca.

Y así continuaron murmurando los curiosos, como es su vieja costumbre en todas partes, mientras m^íster Pompón hacía sentarse al importador de conservas en una silla que tenía roto el respaldo y una pata coja.

—No creí encontrarlo aquí —dijo el importador, mordiendo nerviosamente su cigarro.

—No obstante, aquí vivo por ahora —dijo

m^íster Pompón—. No tardaré en darle mi dirección nueva, cuando la tenga.

El importador juntó sus manos, miró fijamente a m^íster Pompón, como si quisiera hipnotizarle, y dijo después lentamente.

—Es imprescindible que hablemos en serio. Los negocios son los negocios. Yo tengo vendida ya la producción de diez mil tarros, y usted debe cumplir su compromiso verbal conmigo. No puede dejarme en una situación desmedrada. Ha bastado mi sola palabra para encontrar inmediatamente un comprador de sus atunes. Son diez mil tarros los que he vendido. Y puedo asegurarle que a buen precio.

—Me alegra oírle decir que los negocios son los negocios, mi estimado señor —dijo m^íster Pompón, sonriendo con agrado—. Eso significa que habrá una buena suma para mí. Pero de eso hablaremos más tarde. Lo que ahora me interesa es recibir cuanto antes los diez mil tarros vacíos. Yo le daré a usted la dirección a que ha de enviarlos. Es en los alrededores de la ciudad.

—Los tarros podrá tenerlos usted mañana a primera hora.

—Entonces, los atunes estarán en su poder pasado mañana, a primera hora también. En cuanto al nombre, se llamarán "Atunes Pompón". Puede usted ordenar que hagan las etiquetas. Ponga un buen atún, y encima el nombre que acabo de darle. Va a ser un negocio espléndido.

—¿También he de hacer yo las etiquetas?
—preguntó el importador.

—Ya le he dicho que empiezo a trabajar —re-
puso m^íster Pompón, sonriendo—. Muy pronto
no tendrá usted que esforzarse tanto. Y lo que
es ahora, mi buen señor, descuente usted el
precio de los diez mil tarros y las diez mil eti-
quetas del precio de compra de mis atunes.
Siempre quedará una buena suma para mí.

Diez minutos después partía el automóvil y
sólo quedaban ante la casa de m^íster Pompón los
curiosos, que trataban de descifrar el misterio de
aquella visita.

—Esta tarde lo sabremos todo —dijo una vie-
ja—. Trataré de sonsacarle la verdad a mi amigo
el albañil.

Esta fue una buena esperanza para el grupo.
Poco después no había nadie ante la casa del
Rey de los Atunes.

X

DIEZ MIL TARROS VACIOS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, y en el sitio
que conocemos, m^íster Pompón aguarda-
ba, ansioso, la llegada de los tarros. Para
calmar sus nervios, desenterró los que le queda-

ban, los metió en la carretilla y comenzó a exa-
minarlos desde lejos, entornando los párpados,
exactamente como miran algunos la obra maes-
tra de un gran pintor. Los encontraba hermosos,
incomparables, e imaginaba que no habría nada
más bello en el mundo cuando tuvieran la vistosa
etiqueta: "Atunes Pompón".

De pronto se oyó, acrecándose, el estruendo
de un camión de gran tamaño. En un recodo del
camino sonó una ronca bocina. M^íster Pompón
estiró el cuello. Llegaban, por fin, los diez mil
tarros vacíos, que tres hombres fueron amonto-
nando en el suelo, en el preciso lugar que les
indicó el Rey de los Atunes. Cuando la faena
estuvo terminada, los diez mil tarros, azotados
por el viento, tenían un bullicio de orquesta.
M^íster Pompón sentía que aquella era la música
exacta de su corazón jubiloso.

—Muchachos —les dijo a los tres hombres del
camión, con una generosidad de millonario
filántropo—, no quiero que se vayan con las
manos vacías. Han trabajado bastante y yo no
me olvido de los que colaboran conmigo.

Y yendo hasta la carretilla, trajo para cada
uno de ellos un par de tarros brillantes, repletos.

—Son los famosos "Atunes Pompón" —les di-
jo—. Tendrán que acordarse de mí. Nunca
habrán saboreado algo tan exquisito.

Treparon los hombres en el gigantesco vehícu-
lo, empezó a rezongar el motor, y en el momen-

to de partir les acompañó el amistoso gesto de Pompón, que agitaba una mano, lo mismo que si se tratara de despedir a importantes viajeros que se iban al otro extremo del mundo. Pero cuando el camión anduvo unos pasos y mister Pompón ya le volvía las espaldas para dirigirse a la plateada torre de los vacíos tarros, he aquí que vio un automóvil detenido en el camino. Mister Pompón frunció el ceño. No estaba dispuesto a trabajar observado por un intruso. Aquel hombre había estado, sin duda, contemplando cómo descargaban el camión, y si ahora no se marchaba era porque se dejaba vencer por una curiosidad indiscutiblemente inoportuna y condenable.

No alcanzó mister Pompón a preguntarse qué actitud adoptaría, pues del automóvil descendió inmediatamente un hombre que mordía nerviosamente un grueso cigarro puro. Mister Pompón reconoció al importador de conservas.

—Estoy cada vez más inquieto —le dijo el importador, después de estrecharle la mano—. ¿Es aquí donde tiene usted su fábrica? ¿Está aquí el depósito de atunes? ¿Trabajan aquí los obreros que envasarán el pescado? O ambos estamos locos, o usted me está haciendo la peor de las jugadas. Yo tengo vendidos ya diez mil tarros, los mismos que usted ha hecho amontonar allí, y no puedo faltar a mi palabra. Las etiquetas estarán impresas mañana. Y me figuro que de aquí a pocos días recibiré un importante

pedido. Como usted ve, no se trata de un juego. Le exijo, pues, que me muestre en seguida sus maquinarias, sus obreros, todo lo que se necesita para trabajar como Dios manda.

Mister Pompón se encogió de hombros, como un sabio incomprendido. Sonrió después, altivamente. Sabía que a un hombre como él no podría entenderle en un abrir y cerrar de ojos un simple importador de conservas.

—Todo está aquí —dijo mister Pompón, con la más absoluta seriedad—. Yo me he comprometido a llenar de atunes sus diez mil tarros, y lo haré puntualmente. Mañana, a primera hora, los atunes estarán en sus envases, y el más goloso de los hombres tendrá que reconocer que nunca ha comido nada más apetecible.

—Quiero conocer su fábrica —insistió el importador.

—Está en ella —respondió mister Pompón, abriendo los brazos ampliamente.

—¿Aquí?

—Usted lo ha dicho.

Entonces el importador sonrió como hombre que de pronto comprende un gran secreto.

—¿Es subterránea? —preguntó.

—Exactamente.

El importador mordió su cigarro, se sobó las manos haciendo sonar sus coyunturas, y demostró su alegría incontenible.

—¡Ultramoderno! ¡Ultrarrápido! —exclamó—.

Creo que entre usted y yo vamos a conquistar los mercados mundiales en un santiamén. ¡Bendito el día en que nos hemos conocido! Los "Atunes Pompón" serán devorados ávidamente en Londres, Pekín, Moscú, La Habana y Barcelona. ¡Y yo que me permití dudar de usted! Cuando estuve en su casa y la vi tan pobre, le confieso que me maldije diez mil veces. Y ahora veo que es usted el más astuto de los industriales. Guarda su secreto con la más admirable dignidad. Todo el mundo puede creer que es usted un pobre diablo, ¡y es nada menos que el Rey de los Atunes! Eso lo veo ahora. Y mientras tenga una gota de sangre en las venas, le voy a rogar que todos sus negocios los haga conmigo. Estoy dispuesto a firmar con usted los más importantes contratos. Tengo la más absoluta confianza en el hombre que ha sido capaz de idear una fábrica subterránea para la producción de los más sabrosos atunes del mundo.

—Así me gusta oírle hablar —dijo mister Pompón, sonriendo afablemente—. En cuanto a los contratos futuros, no vamos tan de prisa. Estos primeros diez mil tarros tienen un precio, y otro muy distinto los diez mil tarros siguientes. No olvide usted que éstos son los únicos atunes de tierra que se conocen. Los de mar son muy inferiores en tamaño y en sabor. Y esto hay que decirlo insistentemente en la propaganda. Se me ha ocurrido la siguiente frase: "La tierra ha vencido al

mar: pida 'Atunes Pompón' y sabrá lo que es esto:

—¡Formidable! —exclamó el importador, dándole una violenta palmada en el hombro—. ¡Muy misterioso y comercial! ¡Extraordinariamente llamativo! Será nuestra frase de batalla. Todo el mundo se la aprenderá de memoria. Y los que quieran saber exactamente lo que es eso significa, tendrán que comprar nuestros atunes. La venta será fabulosa. ¡Magnífico negocio!

—Pero ya es hora de ponerse al trabajo —dijo mister Pompón—. Aunque la faena es rápida, hay que comenzarla en seguida.

—¿No puedo acompañarle un rato? —preguntó el importador.

—¡Imposible! Es un secreto de producción que no puedo revelar a nadie. No crea usted que lo hago por temor. Nadie en el mundo podrá arrebatarme el sistema de producir atunes. Pero me gusta trabajar solo. Con el tiempo, sin duda, cambiaré, y habrá mucha gente alrededor mío, trabajando. Hoy, no. Ya le he dicho que me encuentro apenas en los comienzos.

—Entonces, ¡a trabajar! —exclamó el importador, despidiéndose rápidamente.

Cuando el automóvil estuvo a buena distancia, mister Pompón se dirigió a los tarros y, cuidadoso, prolijo, incansable, empezó a enterrarlos. Aunque no los hundía mucho, el trabajo era cansador. Diez mil tarros son una cifra considerable. A mister Pompón le dolían los dedos

cuando apenas había enterrado unos trescientos cincuenta.

El importador, entre tanto, se había bajado de su automóvil, en una vuelta del largo camino, y dejándolo entre unos arbustos que lo ocultaban echó a andar, sigiloso, hacia el sitio en que mister Pompón trabajaba. Llegó a corta distancia del Rey de los Atunes, sin ser visto, y se escondió tras el tronco de un árbol. Desde allí vio cómo mister Pompón hundía tarros, se enjugaba de vez en cuando la frente con un largo pañuelo, y proseguía su faena. El importador creyó ver visiones. Se restregó los ojos. Era cierto, no se equivocaba: mister Pompón metía los tarros en el suelo, echaba un poco de tierra en el agujero poco profundo, y de esta manera iba haciendo disminuir, no muy rápidamente, el número de tarros de lata vacíos que brillaban al sol.

“Este hombre no es un farsante —se dijo el importador—. Ya he probado sus atunes: son espléndidos. No cabe la menor duda de que su secreto es el siguiente: esta es una tierra prodigiosa, que produce atunes como otras tierras producen rosas, naranjas, limones y crisantemos. Averiguaré hoy mismo a quién pertenece este terreno y lo compraré, aunque tenga que pagar por él mucho más de lo que posco. Y entonces no será mister Pompón el Rey de los Atunes. Lo juro por mi abuelo, el que tenía una verruga sobre el ojo izquierdo”.



Y sin demorar más, el importador se fue de puntillas hacia su automóvil. Tan contento estaba de su descubrimiento y de su decisión, que cantó estruendosamente dos o tres viejas romanzas mientras se dirigía a la ciudad.

Acostumbrado a los negocios rápidos, no tardó en encontrar al dueño de la propiedad en que mister Pompón tenía hundidos sus tarros de lata, y como hacía tiempo que el dueño deseaba desprenderse de un suelo que nada le producía, el importador pagó por él una suma bastante menor que la calculada.

A medianoche, después de dejar su automóvil escondido entre unos arbustos, el importador volvió a caminar de puntillas hasta el árbol que le permitía observar al enterrador de sus diez mil tarros. Mister Pompón terminaba en esos instantes su faena, se sentaba, fatigadísimo, junto a su carretilla, comía lentamente algunos atunes Pompón, y se tendía por último a dormir, cubriéndose los pies con unos papeles que había encontrado en el camino.

A punto estuvo el importador de sacarle de su descanso para declararle que aquel terreno le pertenecía; pero prefirió callar, pensando que aquello se había de hacer a la luz del sol, para no perder un solo gesto de los muchos que haría mister Pompón al ir desahogando su angustia.

XI

LA VIDA NO ES SIEMPRE FACIL

MISTER POMPON DURMIO poco. Si largo había sido hundir los tarros en la tierra, ¿no sería igualmente fatigoso sacarlos de sus agujeros? Y como el Rey de los Atunes no quería que le sorprendieran su secreto, empezó a trabajar estando oscuro todavía, para que a la llegada del camión ya se hallasen los tarros a punto de ser conducidos al lugar de su destino.

Esta faena exigió no poco esfuerzo; pero mister Pompón estaba repleto de dicha: cada tarro pesaba lo que convenía, porque tenía dentro un tesoro de atunes perfectos.

Resonó en la mañana el motor del camión gigantesco y detrás, como un juguete, corría el automóvil del importador.

— ¡Buenos días! ¿Ya está pronta la carga?

— Desde hace una hora y media — murmuró mister Pompón con orgullo.

Los tres hombres del camión comenzaron a cargar. El importador, de vez en cuando, cogía un tarro, lo sopesaba en su mano gruesa, lo olía con avidez, y lo entrega a los cargadores.

— ¡Buena cosecha! — murmuraba—. No me

cabe ya la menor duda de que la tierra ha vencido al mar.

—Esa es una frase importante. No hay que olvidarla en la propaganda —repetía mister Pompón, un poco pálido de fatiga, pero animoso.

Cuando el camión partió, crujiendo, resoplando, cambiando poco a poco de velocidades, hasta perderse a la distancia, el importador encendió un cigarro, lo mordió con fuerza, lanzó una fuerte columna de humo por la nariz, y empezó a hablar de una manera tan imprevista, que mister Pompón frunció el ceño y fue, con lentos pasos, a sentarse en la piedra que era su primer trono de Rey de los Atunes.

—Ahora vamos a hablar con entera confianza y absoluta sinceridad —dijo el importador—. No crea usted que yo soy tan necio como para no saber que esta tierra posee ciertas cualidades especialísimas, que permiten la más extraordinaria producción de atunes. Usted ha descubierto el secreto y ha querido guardarlo. En realidad, lo felicito. De esta manera iba usted camino de convertirse en un magnate de las conservas, en un hombre inmensamente rico y respetado. Pero su secreto también ha sido descubierto por mí. Y aunque yo no pretendo hacerle daño, he tenido que tomar mis medidas para darle a mis negocios una mayor amplitud. Así, pues, desde ayer en la tarde, mientras usted hundía en la tie-

rra los tarros vacíos para sacarlos después repletos de atunes, esta propiedad me pertenece. Soy el dueño de estas tierras. Lo cual quiere decir que los diez mil tarros que acaban de partir en uno de mis camiones, en estos precisos momentos, van llenos de atunes que me pertenecen, que son de este suelo, mi suelo, porque lo he comprado...

Y al decir esto, el importador sacó de su bolsillo un papel lleno de timbres y de sellos en que se establecía que era el dueño de la propiedad.

—Esto no quiere decir que yo esté dispuesto a hacerle una mala jugada —dijo el importador, guardándose su papel—. Los negocios son los negocios. Las promesas se cumplen. Yo le prometí comprarle estos diez mil tarros, y por cierto que así lo haré. Pero tenga usted en cuenta que los atunes son míos, los tarros son míos, las etiquetas son mías. Los “Atunes Pompón” me pertenecen. Y yo le voy a dar a usted una cierta suma por el pescado y otra por el nombre que le hemos puesto a la conserva, nombre que no cambiaré porque ya es un nombre comercial.

Y el importador acompañó estas últimas palabras con el gesto de alargarle a mister Pompón un par de cheques que, si bien no eran la fortuna, al menos eran un primer paso bastante firme para salir de la pobreza.

Tomó mister Pompón los cheques, los guardó

sin mirarlos, y dijo con la más absoluta calma:

La vida no es siempre fácil, señor mío. Todos los que llegan a millonarios tienen que pasar por difíciles y penosos obstáculos. Yo no puedo ser una excepción. Pero tenga en cuenta una cosa: no le he firmado a usted la escritura de venta de mi marca de fábrica. Los "Atunes Pompón" son míos. Y sólo yo soy capaz de producir "Atunes Pompón".

Y sin decir una sola palabra más, mister Pompón emprendió el regreso a la ciudad, silbando ruidosamente una canción que sólo él conocía. En vano le siguió el importador y quiso que la conversación fuese más larga. Mister Pompón no volvió la cabeza para mirarle. Y cuando estuvo en su casa, lanzando un suspiro de alivio, se tendió en la cama y se durmió profundamente.

XII

MISTER POMPON MUEVE NEGATIVAMENTE LA CABEZA

UNA SEMANA DESPUES, mientras mister Pompón desayunaba con una calma envidiable, de pronto entró en el humilde comedor, como una tromba, resoplando, y

sin llevar en la boca el acostumbrado puro, el importador de conservas.

— ¡Buenos días! Vengo a pedirle que me conceda unos pocos minutos. Es indispensable que hablemos —dijo el importador, mirándole con la desesperación de un ahogado que pide socorro.

Mister Pompón, callado, tranquilo, le indicó una silla.

— ¿Podemos hablar? —preguntó el importador—. Le agradezco mucho esta cortesía. Vengo dispuesto a que nos entendamos. Ha sido muy grave mi error al pretender bastarme por mí mismo. Reconozco que es usted el Rey de los Atunes y nadie más sobre la tierra.

— ¿Podría saber por qué ha cambiado tan rápidamente de opinión? —preguntó mister Pompón, mordiendo sonoramente una rebanada de pan.

— Usted lo sabe. No me lo pregunte. ¿Para qué prolongar mi angustia? En estos momentos tengo un pedido por cincuenta mil tarros de "Atunes Pompón" y no puedo servirlo. Además, cien mil tarros están en estudio, y de un instante a otro van a ser solicitados por un cliente de importancia. Me siento perdido. Usted puede salvarme. Ganaremos mucho dinero si nos unimos.

— ¿Y por qué no puede usted entregar esos tarros? Ha comprado el terreno en que yo los producía. Nada es más fácil que abastecer al

mundo de "Atunes Pompón", y créame que los precios pueden subirse, porque cada vez estoy más convencido de que no hay atunes que puedan compararse con ellos.

—Me hace sufrir usted inútilmente, señor mío. Sea generoso. No se burle más y hablemos como hombres de negocio que se entienden bien —dijo el importador, juntando las manos, en uno de cuyos dedos brillaba un grueso anillo de diamantes.

—Produzca atunes y ganará dinero —murmuró mister Pompón, sonriendo levemente.

—No puedo producirlos.

—¿Y por qué? Ya tiene usted mi secreto. Póngalo en acción y nacerán atunes como nacen las hierbas de los campos, o más fácilmente todavía —dijo mister Pompón, echándose a la boca otro pan, que crujió entre sus colmillos.

Le confieso —murmuró el importador— que enterré cincuenta mil tarros vacíos en el terreno que adquirí, y a la mañana siguiente los cincuenta mil tarros estaban tan vacíos como el día anterior. Les eché encima más tierra. Llamé a tres químicos importantes, para que me aconsejaran; y los tres me miraron como si yo fuera un pobre loco. Todavía están enterrados ahí los cincuenta mil tarros, y no producen ni la sombra de un atún. Entretanto, corre el rumor de que he enloquecido, mi renombre de importador se encuentra en peligro, voy a hundirme irremedia-

blemente si usted no me ayuda. Le pagaré lo que me pida; pero es imprescindible que yo produzca atunes.

—Contrate a un buen número de pescadores y recorra los mares en busca de atunes —respondió mister Pompón, riendo a carcajadas.

—Los atunes de mar no son como los de tierra. Además, su producción es más barata. Las ganancias pueden ser fantásticas si se organiza bien el negocio —dijo el importador.

—Usted ha dicho la verdad, bien lo sé —repuso mister Pompón, poniéndose serio—. ¿Qué es lo que me propone? Hable y ya veremos si llegamos a un acuerdo.

—Le propongo algo muy sencillo: seamos socios; trabajemos juntos; compartamos las ganancias. Usted es pobre, y nada puede hacer sin mí; yo soy rico, y nada puedo hacer sin usted. Esto significa que nos necesitamos.

Mister Pompón movió negativamente la cabeza. Era un perfecto hombre de negocios. Movía la cabeza y miraba al vacío. No se podía pedir nada más impenetrable.

—¿Por qué se niega? —preguntó el importador, levantándose—. Piense que está perdiendo una gran ocasión. Le vuelve las espaldas a una fortuna considerable. Piénselo mejor y acepte lo que yo le he propuesto: seamos socios.

—¡Imposible! —gruñó mister Pompón, mo-

viendo siempre la cabeza como quien se resiste a firmar un tratado de paz.

—¿Puedo saber por qué es imposible? preguntó desesperado, el importador—. Tengo dinero. Le anticiparé la suma que me pida. Podrá vivir en un palacio. Tendrá automóvil. Será feliz.

—Ya lo soy —contestó m^íster Pompón, riendo calladamente.

—¿Lo es? ¿Se contenta con su pobreza? ¿No ambiciona nada?

—Ambiciono mucho, al contrario —repuso Pompón, irguiéndose—. Es el caso que en estos momentos he vendido a un importador más fuerte que usted la buena suma inicial de un millón de tarros de atunes en conserva, de "Atunes Pompón", los mejores del mundo. Y poseo tierras muy vastas para producir mis atunes. Se han hecho ya los planos para la construcción de una gran fábrica de tarros. Una imprenta trabaja para mí, nada más que produciendo etiquetas para mis atunes. Yo no me he dormido, señor. Tengo magníficos contratos. Y, según mis cálculos, dentro de tres meses me veré en la obligación de pensar seriamente en la construcción de una ciudad propia, para realizar mis negocios. Ha de saber usted que los productores de conservas de mar, temerosos de verse vencidos por mí, me ofrecen sus productos. Seré el Rey de los Pescados en Conserva, como ahora lo soy de los

Atunes. Ha llegado usted muy tarde en busca de un entendimiento conmigo.

—¿No me miente? —preguntó el importador, palideciendo como si fuera a desmayarse.

—Espere aquí un par de segundos. Voy en busca de lo que necesita para que me entienda mejor —dijo m^íster Pompón, levantándose.

Sonaron sus pasos por la escalera. Se le oyó moverse en el cuarto de arriba. Poco después bajaba con un montón de papeles en las manos.

—Estos son mis contratos, los cables recibidos, las proposiciones que tengo en estudio —dijo Pompón, dejando ante los espantados ojos del importador todos los papeles.

En estos momentos entró en el cuarto un hombre elegantemente vestido, que se dirigió a m^íster Pompón con sumo respeto.

—Ya está adquirido el edificio que necesitaba para la firma —le dijo—. Todos los empleados han sido contratados ayer. Y en su oficina hay tres arquitectos aguardándolo. Afuera tengo el automóvil. El señor dirá cuándo desea partir.

—Voy en seguida —dijo Pompón—. Puede esperarme en el automóvil.

El importador, tembloroso, blanco, inseguro, rogó que le sirvieran un vaso de agua. Mientras m^íster Pompón iba en busca del vaso, el importador cerró los ojos. Fue apenas un segundo tal vez. Sin embargo, alcanzó a soñar que se hundía en un abismo negro, interminable, al fondo del

cual sonaban todas las sirenas de la desesperación.

XIII

LA HIJA DEL REY DE LOS JAMONES

UN AÑO DESPUES, la prensa del mundo entero dedicaba sus mejores páginas al magnífico acontecimiento: la hija del Rey de los Jamones se casaba con el Rey de los Atunes.

Había en los periódicos muy buenas fotografías: m^{is}ter Pompón en su yate, vestido de almirante inverosímil; m^{is}ter Pompón en el jardín de su palacio, seguido de siete galgos premiados en exposiciones internacionales; m^{is}ter Pompón en su oficina, rodeado de secretarios que le presentaban papeles para su firma; m^{is}ter Pompón recibiendo la condecoración del Gran Atún Dorado, creada por un gobierno al que obsesquió trescientos mil tarros de conservas en un momento de escasez.

Y también aparecía, por cierto, la hija del Rey de los Jamones: en el teatro, en la calle, en su caballo favorito, junto a su colección de sellos, en un avión por ella piloteado, en el rústico palacio de un reyezuelo del Africa del Sur, en una

exposición de pinturas primitivas, al lado de un crítico de anteojos y de fama.

Estas fotografías, que todos los habitantes del mundo miraban una y otra vez en sus periódicos favoritos, ilustraban la narración de los amores y el matrimonio de la hija del Rey de los Jamones con el Rey de los Atunes. Todos los periodistas coincidían en su narración. De aquí que nos decidamos a copiar textualmente el relato que hizo para su periódico un conocido cronista de Nueva York. Decía así:

“El Rey de los Jamones pesa ciento siete kilos y mide un metro sesenta y ocho centímetros. Es un hombre de esfuerzo, que comenzó su vida lavando vidrios en los rascacielos de su ciudad natal y hoy posee tantos millones como los que pueden reunir cuatro reinos de la Europa balcánica. Nacido para el trabajo y para el triunfo, admira a los que se le asemejan. No es extraño, pues, que una tarde le dijera a su hija Rosamunda, su única heredera, una rubia admirable, de ojos azules, alta, deportiva, moderna:

Después de pensarlo mucho, Rosamunda, he llegado a la conclusión de que el hombre más sobresaliente de nuestro tiempo es m^{is}ter Pompón, el Rey de los Atunes. Fue más pobre que yo, y ahora tiene una fortuna superior a la mía. A pesar de su juventud, hay una ciudad que lleva su nombre. Pompolandia es la sede mundial de las conservas. Tierras interminables están

plantadas de tarros que producen los más sabrosos atunes del mundo. Fábricas inmensas están día y noche produciendo envases de diversos tamaños. Pompolandia es una ciudad activa y próspera. Yo vería con muy buenos ojos. Rosamunda, que los jamones y los atunes se estrecharan en amoroso abrazo.

—¿Te agradaría que me casara con míster Pompón? —preguntó Rosamunda, sonriendo alegremente—. Yo también lo he pensado más de una vez. Míster Pompón es un hombre ideal: pero, desgraciadamente, no va a fiestas y sólo se preocupa de su trabajo.

El Rey de los Jamones contestó sin pérdida de tiempo:

—Eso es lo que me ha hecho pensar en que sería el marido incomparable para ti. Rosamunda. Y creo que debemos decidirnos. Tengo una idea y espero que tú la aceptes.

La idea del Rey de los Jamones no tardó en realizarse. Una mañana, mientras en Pompolandia trabajaba todo el mundo, como de costumbre, apareció en el cielo de la ciudad un avión piloteado por manos expertas. Iban en él Rosamunda y su padre. Zumbaban los potentes motores por encima de las fábricas y de los altos edificios en que miles de empleados se encontraban sumidos en su cotidiana faena. El bullicio del avión distrajo un par de segundos a todos los habitantes de la ciudad. Aquello era absoluta-

mente desacostumbrado. En Pompolandia reinaba siempre el rumor del trabajo: máquinas que fabricaban tarros, máquinas que imprimían etiquetas, máquinas que calculaban, máquinas que escribían las cartas enviadas a los agentes comerciales de la firma, desparramados por el ancho mundo.

Míster Pompón, que en esos instantes dictaba un informe a su decimoquinto secretario, junto a una ventana, se asomó a mirar. Y entonces vio algo extraordinario: del avión que pasaba ante sus ojos partió un cohete multicolor, como anunciando lo que vino después. Y esto no fue sino un paracaídas de finísimos hilos de oro que encerraba a un gigantesco jamón envuelto en láminas de platino.

Cuando míster Pompón tuvo ante su vista el obsequio, sonrió suavemente y lo comprendió todo. El Rey de los Jamones le había visitado. Su hija Rosamunda era muy bella.

—Ha llegado el momento de casarse —murmuró entre dientes míster Pompón, sintiendo al fondo de su pecho una alegría absolutamente nueva.

Y durante una semana estuvo pensando en la manera de retribuir el obsequio. ¿Dejar caer sobre el techo del palacio del Rey de los Jamones una apreciable cantidad de tarros de oro repletos de magníficos atunes? ¿Enviarle un atún de diamantes, envuelto en algas de finas

perlas? ¡No! Así no conocería a Rosamunda. Y era esto lo que le interesaba.

Entonces mister Pompón dio en su palacio un baile de máscaras. Invitó a todos los reyes de la industria, a todos los magnates de mayor nombradía. Y todos acudieron, vestidos de pastores inverosímiles, de granaderos antiquísimos, de marqueses repletos de encajes, de gitanos, beduinos y cazadores de jabalíes. Los trajes eran valiosos y todo el mundo estaba contento entre el resplandor de las grandes lámparas y la jubilosa música de las orquestas. Pero he aquí que el dueño de casa, mister Pompón, no aparecía. Sin embargo, de pronto se abrió una cortina y surgió ante los invitados un atún de buena estatura, que con pasos decididos avanzó hasta la princesa hindú, que parecía aguardarle en un extremo del salón. Estallaron los aplausos. Todos comprendieron que mister Pompón, el Rey de los Atunes, invitaba a bailar a Rosamunda, la hija del Rey de los Jamones.

—Hermoso disfraz —le dijo Rosamunda, mientras bailaban.

—Es el de mi destino —contestó, riendo, mister Pompón—. Ahora he comprendido que no puedo vivir solo. Nunca podré olvidar al avión que cruzó Pompolandia y lanzó hasta mi corazón un cohete de colores.

Rosamunda se sonrojó levemente y su sonrisa fue la representación exacta de la ternura. Por



eso, tal vez, durante la noche entera, bailó el atún con la princesa de la India. Cuando vino la mañana y las orquestas callaron, míster Pompón sabía que la hija del Rey de los Jamones lo aceptaba por esposo”.

XIV

LLEGAMOS AL FINAL DE NUESTRA HISTORIA

YFUERON MUY FELICES, lo mismo que si aquí se tratara de un cuento.

No lo es, sin embargo. Míster Pompón ya tiene un hijo, el heredero de los atunes y de los jamones. Es muy pequeño todavía y sólo dice: “Agú, agú”. Más tarde hablará otras cosas.

Lo cierto es que esta historia la he podido contar porque una tarde le escribí a míster Pompón las siguientes palabras:

“Soy un historiador modesto y deseo visitarle. ¿Puede algún día recibirme? Pienso escribir el libro de su vida y necesito datos precisos, que la muestren tan ejemplar como yo la veo”.

Recibí una tarjeta que decía, debajo del nombre de míster Pompón, una sola palabra: “Ven-ga”.

Yo fui. Me recibió en su sala de trabajo. Estaba cómodamente sentado ante una mesa enorme. Había un retrato de Rosamunda con su hijo en brazos, en un jardín. Cerca de su mano derecha vi un pisapapeles que era una obra perfecta de orfebrería: tres estrellas de oro sobre un pedestal.

—He venido para conocer la historia de su vida —le dije—. Seré breve. Necesito únicamente algunos detalles.

—Mi tiempo es limitado —me dijo—. Tengo la costumbre de examinar personalmente los informes, los pedidos, las cartas. Trabajo de la mañana a la noche. Pero me interesa el propósito de su visita.

Y alargó un dedo hacia uno de los veinticinco timbres que había encima de su mesa. Como por arte de magia se abrió una puerta y apareció un hombre vestido de negro, lápiz y papel en mano, inclinándose profundamente. Míster Pompón le explicó el objeto de mi visita y le manifestó que no tenía tiempo para contarme la historia de su próspera existencia.

—Necesito un medio seguro que le permita a mi visitante conocer mi vida dentro de un par de segundos —murmuró.

El hombre vestido de negro cerró los ojos para entregarse a una honda meditación, que no duró, sin embargo, mucho tiempo.

—Existe la transfusión de sangre —dijo el hom-

bre vestido de negro—. Puede emplearse un sistema parecido, aunque más rápido, para el caso que nos ocupa.

Y desapareció silenciosamente. Míster Pompón me pidió que le permitiera, entretanto, estudiar unos papeles, y se sumió en una atenta lectura. Yo examiné la sala y advertí que la iluminaba la más espléndida luz del sol, a través de anchas ventanas que daban hacia los campos de atunes.

Diez minutos después aparecía el hombre vestido de negro, acompañado de otro que cubría su cabeza con un turbante y tenía unos ojos de poderosa mirada.

—El faquir Bramarhata —dijo el hombre vestido de negro.

—Acérquese —nos dijo el faquir, con voz profunda.

Míster Pompón se colocó a mi lado. Cerramos los ojos y apegamos nuestras frentes. El faquir murmuró algunas palabras desconocidas, pasando sus dos manos flacas por encima de nuestras cabezas, sin rozarnos.

—Apártense —dijo después.

Y yo sentí que era dueño de todos los recuerdos de míster Pompón.

—Ahora, cada cual a su trabajo —dijo el Rey de los Atunes.

Salimos de su oficina sin decirnos una sola palabra. Y cada cual empezó a hacer lo suyo sin

pérdida de tiempo. De esta manera he podido contar con toda exactitud la vida ejemplar de míster Pompón.

FIN